

Varujan Vosganian: El libro de los susurros

Capítulos siete y ocho

Traducción: Joaquín Garrigós

Editorial Pre-Textos, Valencia, 2010

Siete

—No toquéis a sus mujeres —ordenó Armen Garo—. Ni a los niños.

Se habían reunido todos los miembros de la Misión especial, uno por uno, en la sede del periódico *Djagadamard* de Constantinopla. Habían sido seleccionados cuidadosamente. Del grupo se eligieron solo a los que ya habían participado, sea por su cuenta o en emboscadas, en tales acciones. «Solo me fío de alguien que haya matado ya», sentenció Armen Garo. Recibieron las fotografías de los que habían de buscar en sus escondrijos. Escondites que podían estar en cualquier parte, desde Berlín o Roma hasta las estepas del Asia Central. Talaat Bajá, el ministro del Interior, de anchas espaldas y cuello grueso, tenía un cuerpo membrudo cuya cabeza, de mentón cuadrado y quijadas listas para despedazar, era más bien una prolongación de su poderoso pecho. Y, en la parte inferior de la fotografía, los puños, el doble de grandes que los de un hombre normal, dejaban traslucir su agresividad. Junto a él, frágil y de rasgos delicados, su esposa, con un vestido blanco y sombrero de encaje, según la moda europea, que chocaba con el fez del bajá. Después, Enver, menudo, al que los tacones de las botas hacían más alto. Mirada desafiante y dedos delgados que cogían las guías del bigote, orgulloso de sus entorchados de comandante en jefe del ejército que le caían en abundancia por los hombros y le tapaban el estrecho pecho y trataban de enmascarar su modesto origen de hijo de una madre que, para criarlo, se había dedicado a un oficio de los más despreciables del Imperio, lavar muertos. En una de las fotografías, su brazo delgado, posesivo y tímido a la vez, enlazaba el talle delicado de su mujer, Nadjeh, princesa del harén imperial, es decir, hija del sultán. También en otra fotografía, Enver, el hijo de la lavandera de muertos y

yerno del sultán, hacía lo imposible por parecer arrogante, con sus rasgos petrificados, entre los retratos de sus ídolos, Napoleón y Federico el Grande. Djemal Bajá era una especie de Lépido en aquel aguerrido triunvirato. Con su aspecto de hombre corriente, si no hubiese llevado las charreteras de ministro de Marina, habría podido pasar totalmente inadvertido, aunque pugnaba por ir al compás de la brutalidad de Talaat y la arrogancia de Enver. Después, el doctor Nazım y Behaeddin Şakir, los ideólogos del partido Unión y Progreso, los que tuvieron la idea de sacar de las cárceles a los criminales que, enrolados en unidades armadas, vigilarían los convoyes de armenios y los exterminarían en las encrucijadas. No sabemos lo guapas que serían sus mujeres, estaban llenitas y tenían el pelo negro, pero sus rasgos no se distinguen bien, ya que las únicas fotografías que se han conservado de los tiempos de su juventud las muestran con el rostro tapado por el velo, llorando a la cabecera de sus maridos colocados en el féretro, después de que el grupo justiciero cumpliera su misión. Y los demás, Djemal Azmi, el prefecto de Trebisonda, Bahbud Khan Djivanşir... Armen Garo levantó las fotografías de Talaat y Enver junto a sus mujeres. Los miró a todos de uno en uno: Solomon Tehlirian, Aram Yerkanian, Arşavir Şiraghian, Hraci Papazian y Misak Torlakian.

—No matéis a las mujeres —repitió—. Ni a sus hijos.

—Antes que nada, han matado a nuestro poeta —dijo Şavarş Misakian.

La sede del periódico se libró de milagro del desastre. Por otra parte, para todos los armenios de la capital, tras la carnicería desencadenada el 24 de abril de 1915, cuando centenares de intelectuales fueron detenidos y en su mayor parte asesinados, la revocación de la orden de deportación se consideró un milagro. Iban a compartir el destino de las otras comunidades armenias: fueron expulsados de sus casas y despojados de cuanto tenían, pero tuvieron una suerte más negra ya que, a diferencia de los armenios de Van, Sivas o Adana, tendrían que atravesar en convoyes toda la meseta de Anatolia hasta los desiertos de Siria donde, si no los hubieran exterminado las tropas de criminales armados o las bandas nómadas, habrían muerto de hambre y frío en campamentos de tiendas improvisadas, en el desierto donde el calor tórrido del día y el frío helado de la noche se repartían a partes iguales las víctimas.

Prohibido en abril de 1915, el órgano central de prensa de la Federación Revolucionaria Armenia, llamado hasta entonces *Azadamard*, reapareció en 1918 con otro nombre que evocaba al primero, *Djagadamard*. Şavarş Misakian era a la sazón redactor jefe y había regresado para volver a desempeñar su función. Estaba en un rincón, no formaba parte de la Misión especial, pero tenía una autoridad que Armen Garo y Şahan Natali necesitaban. Una autoridad que le daba no su estatura, sino precisamente, con el hombro izquierdo caído y la cabeza torcida, la falta del menor engruimiento. Su defecto físico les imponía a los demás, porque recordaba el tesón con que había resistido las torturas en la cárcel militar donde lo habían encerrado en marzo de 1916 y donde, varios meses más tarde, se zafó de las manos de sus torturadores y desde el tercer piso se arrojó al patio interior. Sobrevivió a las graves heridas y fue liberado el 27 de noviembre de 1918 cuando las tropas aliadas ocuparon la capital, pero su cuerpo, con los huesos aplastados, había asumido las iniquidades del mundo y les recordaba a todos que se había librado del miedo a la muerte.

Sus enemigos sabían que, para poder exterminarlos como pueblo, había que matar sin pérdida de tiempo a su Poeta. Para una nación oprimida y amenazada, el Poeta se convierte en el caudillo. Daniel Varujan había sido detenido junto a los demás intelectuales el 24 de abril de 1915. Lo ataron a un árbol y lo mataron a pedradas para luego dejarlo a merced de las alimañas y espíritus de la noche. Ciertas leyendas cuentan que está vivo y, durante el incendio de Esmirna, algunos dijeron que, por un instante, se había visto su rostro en los espejos que se quemaban. Lo único que podemos probar de estas leyendas referentes a la resurrección de Daniel Varujan es que, si bien se sabe cuál es el lugar donde sufrió sus tormentos atado al tronco de un árbol, es decir, en una cruz viva, no se conoce el sitio donde podría estar enterrado. Como tenemos la prueba de su muerte e incluso el nombre de su verdugo, Oguz Bay, el comandante de Ceanguiri, pero carecemos de noticias sobre su tumba, podemos dejarnos tentar por la idea de su resurrección.

Algunos de los detenidos el 24 de abril como, por ejemplo, los dos miembros del parlamento, el diputado por Constantinopla Krikor Zohrab y el de Erzerum Vartkes Seringulian, llegaron a los desiertos sirios, a Urfa y después a Alepo. De ellos nos habla Roessler, el cónsul alemán en Alepo, en una carta

dirigida al embajador alemán Wangerheim: *Zohrab y Vartkes efendi se encuentran en Alepo y forman parte de un convoy con destino a Diyarbakir. Para ellos esto significa la muerte segura: Zohrab padece del corazón y la mujer de Vartkes acaba de dar a luz.* De los crímenes cometidos durante la infancia de mis abuelos he sabido muchas cosas, no tanto por testimonios de los supervivientes cuanto, y muy en especial, por las baladronadas de los asesinos. Qué diferencia entre la humildad de los que mueren y la soberbia de los que matan... Así, nos enteramos de que los despanzurraron a bayonetazos, que los sesos de Vartkes volaron por los aires a causa de los disparos y que a Zohrab le machacaron la cabeza con piedras. Los cuerpos fueron despedazados y abandonados. Si alguien se hubiese tomado la molestia de enterrar a los numerosos muertos de aquellos días, no habría podido reconocerlos por los restos de sus cuerpos destrozados.

Pero el mundo sigue adelante. El lugar donde Daniel Varujan fue asesinado se llama Tuna. Antes de que lo sacaran de entre los demás, el poeta dijo: «Cuidad de mi hijo que acaba de nacer. Que le pongan Varujan cuando lo bauticen».

—Lo vengaremos tanto a él como a los demás —sentenció Armen Garo mirando a los ojos a Şavarş Misakian—. Precisamente por eso no toquéis a sus mujeres e hijos. Nosotros no somos ladrones de muertos ni asesinos de mujeres.

Estaban sentados en el primer círculo.

—Armen tiene razón —afirmó Şavarş Misakian—. Tomad ejemplo del general Dro.

En aquel tiempo, Dro no era aún general. Solo tenía veintiún años en febrero de 1905 cuando en Bakú se desató una matanza que duró tres días. Varios miles de armenios fueron asesinados por las bandas tártaras. Y el príncipe Nakaşidze, gobernador del zar, pese a las advertencias y luego a los gritos de desesperación de la población armenia, no hizo nada para protegerla, es más, suministró armas a los atacantes. El Comité Central de la Federación Revolucionaria Armenia le comunicó entonces al gobernador general Nakaşidze que el partido lo había condenado a muerte. El joven Drastamat Kanayan, al que conocimos como general Dro, fue el encargado de ejecutar la sentencia.

El día fijado, Dro esperó el cortejo del gobernador en una calle estrecha donde la guardia de jinetes cosacos no podría rodear la calesa principesca. La bomba iba metida dentro de un saquito y cubierta con racimos de uva. Pero al ver que el príncipe iba acompañado de su esposa Dro vaciló y, finalmente, renunció y se limitó a verlos pasar. Aguardó a la caída de la noche. Al regreso, en la calesa se hallaba únicamente el príncipe. Cuando el convoy llegó frente a él, Dro arrojó el morral contra la calesa y emprendió la fuga. La explosión fue terrible. Junto a Nakaşidze murieron despedazados muchos jinetes de su guardia. Aprovechando el pánico, Dro consiguió escapar y varios camaradas, aquella noche, lo ayudaron a cruzar la frontera turca. Allí permaneció nueve años, hasta que estalló la guerra.

—Pero entonces Dro no podía imaginarse lo que iba a pasar —alegó Arşavir Şiraghian.

Nadie habría podido imaginárselo. Los líderes armenios ayudaron a los Jóvenes Turcos a llegar al poder por considerar que pondrían fin a las atrocidades del sanguinario sultán Abdul Hamid. Vartkes efendi, el futuro diputado de Erzerum, escondió en su casa, durante la contrarrevolución, a Halil Bey, el mismo que más tarde ordenará su asesinato. Y, amarga ironía del destino, si Dro juzgó que una mujer no tenía que pagar por los yerros de su marido, treinta años después, en Omsk, Stalin mandó matar a la mujer de Dro, junto a uno de sus hijos, y pagó por los actos de su marido.

—En Trebisonda —dijo Misak Torlakian—, a varios centenares de mujeres con sus hijos y ancianos que no podían andar las obligaron a subir a almadías y las llevaron mar adentro. Las mujeres se alegraron, en medio de toda aquella desgracia, cuando les dijeron que harían parte del viaje por mar, lo que les ahorra penalidades de más. Pero al día siguiente, las almadías volvieron vacías a la orilla. Habían tirado al agua a las mujeres, que se ahogaron. Lo mismo pasó en Unieh, Ordu, Trípoli, Kerasonda y Rize. De mi pueblo, Ghiuşana, ninguna mujer llegó con los convoyes a Meskene, Rakka, Ras-ul-Ain ni Deir-ez-Zor, lo que significa que todas murieron por el camino, de hambre, a tiros o pasadas a cuchillo.

—En el valiato de Kharput —dijo Solomon Tehlirian—, en junio, mataron a los notables y luego se llevaron a los hombres de las ciudades y pueblos. Los convoyes los componían solamente mujeres, niños y viejos. En Arabkir,

embarcaron a las mujeres en almadías y luego las tiraron al agua. A los niños armenios del orfanato alemán los ahogaron en un lago cercano. Las mujeres de Mesne, en ruta hacia Urfa, fueron asesinadas en el camino y sus cadáveres arrojados al río. En la ruta entre Sivas y Kharput, los cuerpos de las mujeres mutiladas y asesinadas en la orilla oriental del Éufrates yacieron durante meses y meses al borde de los caminos y en barrancos. Eran demasiados para enterrarlos. Todavía a mediados de 1916 se veían los esqueletos. De las casi doscientas mil almas que integraban los convoyes, tan solo un tercio llegaron a Ras-ul-Ain y Deir-ez-Zor.

—Las primeras mujeres que llegaron a Meskene, Rakka y Deir-ez-Zor —dijo Aram Yerkanian— fueron los cadáveres que flotaban en el Éufrates. Durante todo el mes de julio del año 1915, el Éufrates estaba rebosante de cadáveres hinchados por el agua y un revoltijo de cabezas, brazos y piernas. Las aguas del río eran rojizas, se diría que entonces había nacido la muerte.

El círculo de los que deponían testimonio se amplió.

—La presencia de cadáveres en el Éufrates es continua —manifestó Roessler, el cónsul alemán en Alepo—. Los cuerpos están atados todos igual, de dos en dos y espalda contra espalda. Eso demuestra que no se trata de asesinatos aislados, sino de un plan general de exterminio concebido por las autoridades. Los cadáveres corren río abajo, cada vez más numerosos. Sobre todo, mujeres y niños.

—Más de seiscientos armenios —dijo Holstein, el cónsul alemán en Mosul—, en especial mujeres y niños expulsados de Diyarbakir, fueron asesinados cuando los transportaban por el río Tigris. Las almadías llegaron vacías ayer a Mosul. Desde hace varios días, flotan en el río cadáveres y restos humanos. Otros convoyes están en ruta y probablemente esté esperándoles idéntica suerte.

—Por Alepo —dijo el ex cónsul de Francia— desde que empezó el mes de mayo, están pasando convoyes de millares de personas. Tras una estancia de dos o tres días en lugares especialmente acondicionados para ellos, estos infelices, en su mayor parte mujeres y niños, reciben órdenes de dirigirse a

Idlib, Mâna, Rakka, Deir-ez-Zor y Ras-ul-Ain, a los desiertos de Mesopotamia, lugares destinados, como es convicción general, a servirles de tumba.

—Miles de viudas armenias del valiato de Van —dijo Jackson, cónsul norteamericano en Alepo— sin la compañía de ningún hombre adulto, se están acercando a Alepo en un estado miserable y medio desnudas. Estos, como los otros diez o veinte grupos que ya han pasado, son convoyes que integran entre quinientas y tres mil personas y llevan a remolque niños que se hallan en un estado de miseria indescriptible.

Y de nuevo Roessler:

—En cuanto a los armenios de Kharput, me han informado de que, en una aldea situada al sur de la ciudad, separaron a los hombres de las mujeres. A los hombres los exterminaron y los dejaron a ambas orillas del camino por donde se obligó a las mujeres a pasar.

—Podría pensarse —dijo Aram Andonian, el que había recogido los testimonios de los supervivientes— que los centenares de niños del orfanato de Deir-ez-Zor no existieron nunca.

Al final del recorrido, alcanzado su destino, las autoridades creyeron haber encontrado la solución: cómo matar sin dejar atrás los cuerpos de los muertos. No porque eso los hubiese hecho sentirse culpables en alguna medida, sino porque los centenares de miles de cuerpos despedazados y con la piel negra pegada a los huesos que flotaban en el agua o yacían en el fondo de los barrancos, aparte de que ese espectáculo resultaba deprimente y preparaba para la muerte a los convoyes que iban detrás, obstaculizaban la circulación por los caminos y vías férreas, daban un tono amarillo al aire que se volvía más espeso por los miasmas de la muerte, provocaban las protestas de los árabes que no podían utilizar las aguas de los ríos para beber y eran portadores de epidemias. Para orillar todos esos inconvenientes, el asesinato de los niños de Deir-ez-Zor había de ser el crimen perfecto.

Los huérfanos, procedentes de Mekesne y de las otras localidades donde se habían instalado campos de refugiados, fueron conducidos a través del desierto hasta Deir-ez-Zor. Imagínense un convoy con centenares de niños

desfigurados, cubiertos de harapos y trastabillando descalzos bajo la canícula y el frío del desierto. Con las espaldas llenas de llagas sanguinolentas donde bullían gusanos y agujoneados por jinetes que los golpeaban con el látigo o el bastón. Los muertos o agonizantes eran arrojados a carros que acompañaban al convoy. El lugar al que consiguieron llegar se llamaba Abuhahar. Tan solo trescientos niños podían tenerse todavía en pie; al resto, más numeroso, los llevaban en carros. En las laderas de las montañas que bordeaban el desierto, los soldados detuvieron el convoy y los carros fueron descargados a cielo abierto. Los soldados rodearon el lugar y esperaron la caída de la tarde. También al atardecer llegaron las aves del desierto. Atraídas por el olor de la sangre, luego unos por el vuelo de otros y más tarde por la algazara de los graznidos y el chasquido de la carne al arrancarla de los huesos, los buitres y los cuervos del desierto se abalanzaron sobre los cuerpos que, aun estado vivos, ya no tenían fuerzas para defenderse. Las aves apuntaban sobre todo a los ojos, las mejillas y los labios, tanto más tentadores porque los cuerpos se habían empequeñecido. Durante dos días, las aves se abalanzaron en bandadas sobre aquel campo descarnado de la vertiente de las montañas y se dejó a los niños presa de los picos y garras negros y acerados. La historia la contaron horrorizados los árabes nómadas. Y el que mandaba a los soldados, el cabo Rahmeddin, fue ascendido y llegó, con inusitada rapidez, a jefe de la gendarmería de Rakka.

Los demás huérfanos, que yacían enfermos y hambrientos en el orfanato de Deir-ez-Zor, fueron cargados en carros un día helado de diciembre. A los moribundos los tiraron al Éufrates; el río, revuelto como estaba en aquella época del año, se tragó rápidamente los cuerpos enflaquecidos. Tras una caminata de doce horas por el desierto, sin ningún tipo de comida ni de agua, el jefe del convoy, del que sabemos que se llamaba Abdullah, pero al que le gustaba que lo llamasen Abdullah Bajá, encontró tres medios diferentes para exterminar a los niños. Pero, como notaba cierta vacilación en la mirada de los soldados, agarró a un niño de dos años y se lo mostró a los demás diciendo: «Incluso al crío este y a todos los que encontréis de esta edad hay que matarlos sin piedad. Llegará un día en que se levantará, buscará a los que mataron a sus padres y querrá vengarse. ¡Este es el hijo de perra que un día

nos buscará para matarnos!»». Y tras darle varias vueltas en el aire lo golpeó con furia contra las piedras y lo aplastó antes de que tuviera tiempo de exhalar un gemido. Colocaron parte de los carros uno junto a otro y amontonaron en ellos a cuantos niños cupieron y, en medio, pusieron un carro lleno de explosivos que, tras hacerlo explotar, los desintegró pues los redujo sencillamente a hollín. A los que no estaban en condiciones de andar, los tendieron en tierra, esparcieron sobre ellos yerba seca empapada de gasolina y los quemaron. Y al resto, a los que no habían cabido en los carros, los empujaron hasta cuevas, taparon la entrada con maderas y yerba y les prendieron fuego. Los niños murieron asfixiados y sus cuerpos se quedaron amoratados y carbonizados al fondo de las grutas.

Pero ni el crimen más consumado resulta perfecto del todo. Una niña llamada Ana se refugió en un recoveco de una cueva donde, gracias a una grieta de la montaña, penetró una pequeña corriente de aire. De esta forma, sobrevivió y, cuando el fuego se extinguió tras un día y una noche, salió. Estuvo vagando varias semanas hasta llegar a Urfa; allí encontró a algunos refugiados armenios y les contó la matanza de los inocentes.

Y desde el tercer círculo se oye la voz de Djeman Bajá, el ministro de Marina, alarmado por el gran número de cadáveres que flotaban en el Éufrates. Y más indignado porque el itinerario de los convoyes podía perturbar la circulación ferroviaria. Entonces cayeron en la cuenta las autoridades turcas de que, por perfecto que hubiese sido el plan de exterminio de los armenios, adolecía, no obstante, de un defecto: que atrás quedaban los cuerpos de los asesinados. Deficiencia que Reşid Bajá, el prefecto de Diyarbakir, procuró remediar en la medida de lo posible:

—El Éufrates poco tiene que ver con nuestro valiato. Los cadáveres que flotan en el río provienen, seguramente, de los valiatos de Erzerum y Kharput. A los que mueren aquí se les arroja al fondo de las cuevas o, lo más habitual, se les rocía con gasolina y se les quema. No suele haber bastante sitio para enterrarlos.

Volvamos al primer círculo.

—Vosotros no habéis visto los lugares donde se reunían los convoyes — dijo Hraci Papazian— o, más exactamente, lo que había quedado de ellos. En Deir-ez-Zor. Miles de tiendas de campaña hechas de harapos. Mujeres y niños desnudos, tan debilitados por el hambre que el estómago ya no aceptaba comida. Los enterradores arrojaban a los carros a muertos y moribundos, todos revueltos, para no perder tiempo. Por la noche, a causa del frío, los que estaban todavía vivos se ponían a los muertos encima para calentarse. A las madres, lo mejor que les podía suceder era que surgiese algún beduino y se llevase a su hijo o hija para librarlo de aquella gigantesca fosa. La disentería volvía el aire irrespirable. Los perros hurgaban con el hocico en la barriga abierta de los muertos. Solo en octubre de 1915, por Ras-ul-Ain pasaron más de cuarenta mil mujeres, custodiadas por los soldados, sin llevar consigo ningún hombre con fuerzas. La cruzada de las mujeres martirizadas. A lo largo de las vías del tren, todo el camino estaba salpicado con los cadáveres descuartizados de las mujeres violadas.

—Del millón ochocientos cincuenta mil armenios que vivían en el Imperio Otomano —dijo el pastor evangélico Johannes Lepsius—, aproximadamente un millón cuatrocientos mil fueron deportados. De los restantes cuatrocientos cincuenta mil, más o menos doscientos mil se libraron de la deportación, en especial los de Constantinopla, Esmirna y Alepo. El avance de las tropas rusas salvó la vida de los otros doscientos cincuenta mil que se refugiaron en la Armenia rusa, parte de los cuales murió allí de tifus o de hambre. Los demás conservaron la vida, pero perdieron para siempre su tierra natal. Del casi millón y medio de armenios deportados, solo el diez por ciento llegaron a Deir-ez-Zor, punto final de los convoyes. En agosto de 1916, fueron enviados a Mosul, pero morirían en el desierto, engullidos por la arena o apelotonados en grutas, muertos y moribundos juntos, a las que se prendía fuego.

Callaron. Los círculos se estrecharon en torno a Armen Garo. Él miró a Şahan Natali, a Şavarş Misakian y luego a todos los demás. Tomó las fotografías y se las entregó a los que estaban sentados en el primer círculo, a cada uno según su misión.

—Pero no matéis ni a las mujeres ni a los niños —repitió.

Ocho

Entre tantos personajes reales, algunos nombres los encontrarán también en los libros de historia, otros los encontrarán tan solo en *El libro de los susurros*. Este libro, aunque habla principalmente del pasado, no es un libro de historia, ya que en los libros de historia se habla sobre todo de vencedores; es más bien una recopilación de salmos, pues habla por lo general de los vencidos. Y entre los personajes del libro se encuentra uno que no existió y, pese a ello o quizá precisamente por ello, incluso tiene un nombre: se llama Yusuf. Este Yusuf fue un nombre prestado nada más y existe en *El libro de los susurros* únicamente porque, aunque no participaba de la estructura del libro, sin embargo es la llave que abre la puerta de la habitación donde más lágrimas se han derramado en el siglo fronterizo, de paredes desnudas arañadas con las uñas, entarimados destrozados y la tierra levantada y amontonada, depositada de cualquier manera, como ocurre con una tumba hecha de prisa y corriendo. Y, de todas las tumbas, las que se hacen más de prisa son las fosas comunes.

Los vivos y los muertos pertenecen al cielo y a la tierra. Solo los moribundos pertenecen por completo a la muerte. Esta se pasea entre ellos, se comporta sencillamente con ternura, la condición de moribundo es un estado que la muerte se encarga de no truncar demasiado pronto. Es su avena fresca. La condición de moribundo es una iniciación para la muerte. Desde Mamura hasta Deir-ez-Zor, en una distancia de más de trescientos kilómetros, un pueblo entero recorrió los siete círculos, es decir, el camino de iniciación a la muerte. Al final del cual Sahag Şeitanián se encontró con Yusuf.

MAMURA. PRIMER CÍRCULO. El camino discurría recto a lo largo de la vía férrea. La entrada en el primer círculo, el de los convoyes compuestos por armenios de los lugares más diversos, de la Tracia europea como Adrianópolis, de Esmirna e Izmid en la Anatolia occidental o bien de los valiatos de la oriental como Trebisonda, Erzerum o Kharput, se hacía a pie. Vistos de lejos, desplazándose apretujados unos contra otros y con la cabeza gacha, parecían peregrinos. Solo que a los peregrinos los guía su fe y no soldados

empujándolos por detrás y hostigándolos con el hocico de los caballos u obligando, a latigazo limpio, a incorporarse al convoy a los descarriados. La familia de Sahag Şeitanian estaba compuesta de cinco personas, la abuela, los padres, él y una hermana menor. A los otros dos hijos mayores, Simon y Haigui, los habían mandado a escondidas a Constantinopla. Su madre, Hermine, era una mujer corajuda. Aún se mantenía bien en pie. Rodeaba a sus hijos con los brazos y seguía el camino recto, en medio del convoy, para defenderlos de los cascos de los caballos. Y para evitarles la vista de los cadáveres despedazados por los cuervos a orillas del camino. Tenían un poco de dinero que el padre, Rupen, llevaba escondido debajo de la camisa. Parte de él les sirvió para comprar una especie de billete o, mejor dicho, compraron la benevolencia del jefe de la estación de Izmid y se subieron a un tren con el que atravesaron la línea Eşçişer-Konya-Bizanti-Adana, la mitad del camino hasta Mamura, donde el tren se detuvo por orden del ejército que había bloqueado la vía. Pero el que interceptaran el tren, aunque el camino pasaba por sendas rocosas o por la llanura con un calor sofocante e iba a ser agotador, les salvó la vida, ya que los vagones de ganado donde los habían hacinado resultaban estrechos, casi no les quedaba comida y no les habían dado agua. Los muertos que quedaron en los vagones eran los que acababan de expirar, porque todos los que habían fallecido por el camino fueron arrojados de los vagones a lo largo de los terraplenes.

De manera que tuvieron suerte por partida doble. Primero, porque se ahorraron hacer centenares de kilómetros a pie y, en segundo lugar, porque los bajaron de los vagones cuando estaban a punto de morir todos asfixiados. Pero la mayoría, sobre todo los convoyes de los valiatos occidentales, no gozaron de tal posibilidad. Esos hicieron todo el camino a pie; solo algunos, los más pudientes, pudieron proveerse de carros y mulas. A causa del cansancio, del frío, del hambre, del pillaje y de las matanzas, de casi un millón y medio de deportados, medio millón murieron antes de llegar al límite del primer círculo. A ellos se añaden los que sí llegaron, pero no por su propio pie, sino llevados por las aguas del Tigris y el Éufrates.

A veces, grupos aislados se acercaban a la vía férrea, pero inmediatamente los ahuyentaban al campamento. Sin embargo, los soldados

acabaron por dejar de amenazarlos y les permitieron dedicarse a lo suyo. Pues en esta ocasión eran los que iban de tienda en tienda a ayudar a los de dentro a cargar a sus muertos. Y para no dejar a los muertos del todo solos, los colocaban uno junto a otro y luego, cuando se multiplicaron demasiado, uno encima de otro, de tal forma que la muerte formó montículos que rodeaban el campamento como torrecillas de vigilancia. Los animales bufaban de hambre y del olor de la muerte. Eran principalmente mulas enganchadas a los carros o que cargaban los fardos en albardas y resultaron ser más resistentes pues los caballos habían muerto bien de sed o con las patas rotas en los senderos de montaña. Los perros se mantenían apartados; notaban en los ojos de las personas la misma hambre y sensación de acoso y esperaban con paciencia, junto a las bandadas de cuervos, la caída de la noche.

Dormían pegados unos con otros para mantenerse en calor. Por el día se desnudaban y se extendían la ropa anudada encima. Habían llegado a un acuerdo con una pareja de recién casados de Konya para compartir el carro de estos, mientras los hombres lo empujarían por detrás para ayudar a la mula. Una mujer se ofreció a coserles las sábanas para resistir mejor los embates de viento. Iba con su prometido, tendrían que haberse casado, pero los invitados habían muerto por el camino.

La madre de Sahag tenía dos ollas en las que reunía el agua de lluvia. Cuando el agua estaba a punto de acabarse, se frotaban los labios con unos trapos que tendían durante la noche para que la escarcha los humedeciera.

Cuando la profusión de tiendas se extendía demasiado y amenazaba con desbordarse al otro lado de la vía férrea y el número de cadáveres era tan grande que el aire se espesaba por el olor de la muerte, los soldados irrumpían a caballo entre las tiendas y arreaban a varios miles de personas otra vez al camino. Las tiendas se desmoronaban bajo los cascos de los caballos y la muchedumbre era empujada a golpes de látigo hasta el límite del campamento. Si no acertaban a amontonar con rapidez sus trastos en los petates o a recoger las tiendas, los jinetes los acuciaban prendiendo fuego a los techados de tejidos secos.

Les llegó su turno a finales de octubre. Hasta la parada siguiente había unas cinco horas de camino, pero eso para alguien en plenitud de fuerzas, a ellos les llevó casi dos días.

ISLAHIYE. SEGUNDO CÍRCULO. El camino pasaba por la cordillera de Amanus, por las cumbres, para luego bajar hacia Islahiye bordeando un río. Al alcanzar el segundo círculo cayeron las primeras nieves. Muchos iban vestidos con harapos ligeros y solo el polvo empapado de sudor les hacía más gruesa la indumentaria y les proporcionaba calor. Dejaron que la mula llevase la manta y ellos se envolvieron, durante todo el trayecto, con sábanas. Abandonaron el carro, ya que no podía pasar por senderos tan angostos, y los hombres volvieron a echarse a la espalda los bártulos que pudieron cargar. Cuando el tiempo mejoró un poco, hicieron jirones una sábana y se ataron uno a otro para no resbalarse por lo abrupto del terreno y caer peñas abajo. Era un camino limpio de monte y tal siguió siendo tras el paso del convoy, pues a los que se caían, faltos de fuerzas, los empujaban a bastonazos hasta el precipicio. Montaron a la vieja en la mula y eso la ayudó a soportar el camino, a diferencia de muchos otros que perecieron de agotamiento o de moribundos que se caían en redondo y se golpeaban contra los riscos. Cuando llegaron al llano, una cuadrilla de varias decenas de kurdos armados salió al encuentro del convoy. Como obedeciendo a una señal, los soldados detuvieron el paso y dejaron que el convoy siguiera adelante desprovisto de defensa. La multitud se paró y miró asustada a los jinetes que embestían contra ellos agitando escopetas y cimitarras. Era una altiplanicie estrecha. Detrás tenía las montañas, a una y otra parte precipicios abruptos y enfrente a los jinetes. Escena que conocemos por haber sido relatada cientos de veces. Convoyes abandonados, indefensos, en su mayor parte mujeres y niños corriendo a la desbandada a cielo abierto y buscando cada uno salvarse como pudiera sin saber que, precisamente cuando alguien se separa de la multitud, se convierte en la presa más segura para los jinetes entregados al pillaje y el degüello, ya sean criminales liberados a propósito de las cárceles turcas y armados, o bien kurdos, chechenos o beduinos. Era raro que apareciesen por casualidad; por lo general, les avisaban de la fecha y el trayecto de los convoyes y los soldados tenían

instrucciones de alejarse y dejar a los otros entregarse a su tarea. Algunas veces, solo para saquearlos y robarles las mujeres jóvenes; otras, lo que solía ser frecuente, para exterminarlos hasta el último hombre. No había ninguna regla; te podían matar por llevar dinero o alhajas o por no tener nada que darles. Lo más acertado era quedarse encogido o tendido fingiéndose muerto. Si uno tenía la suerte de que no lo pisotearan los caballos, podía salir con vida cuando los jinetes se cansaran de acosar dianas móviles o bien a la caída del crepúsculo, cuando se alejaban dando alaridos y sujetando con correas a la silla de la montura a las mujeres que forcejeaban. Atrás quedaba, salpicado de cadáveres, el campo donde los supervivientes se levantaban lentamente, estupefactos.

Al prometido de la mujer con que habían hecho amistad lo mataron. Llevaba al cuello una cadena sin ningún valor, pero que relucía. Le apeteció a un jinete el cual no encontró mejor forma de quitársela que cortándole la cabeza. Tuvieron que dejarlo allí, pasto de las alimañas.

Llevando a rastras a los heridos, llegaron al amanecer al llano de Islahiye. En la entrada al campamento había, a ambos lados, dos montones de cadáveres, sobre todo de niños. Montaron las tiendas. Los alimentos se estaban acabando. Por la mañana, soldados a caballo surcaban el campo arrojando a voleo pan sobre las tiendas. El gentío se atropellaba para coger algún pedazo y se lo disputaban. A medio día el campo se calmaba, la gente se metía dentro de las tiendas y velaba a los que morían.

Los soldados se mantenían alejados, pues el olor irrespirable de la muerte no era dulzón sino acre, augurio de una epidemia de disentería. El comandante del campamento llamó a los hombres que aún tenían fuerzas y les ordenó reunir a los muertos. Como el hambre y la disentería causaron en aquellos meses de otoño, en el campamento de Islahiye, más de sesenta mil víctimas, el comandante ordenó que se depositase a los muertos al borde del campo durante dos o tres días, antes de enterrarlos. Porque estando a merced del viento, los muertos se acartonaban y empequeñecían con lo que ocupaban menos sitio; de esta manera, en las fosas comunes cabían más.

Luego, arrimaron las tiendas unas a otras a fin de que los saqueadores, principalmente beduinos de las aldeas próximas, no tuvieran sitio para pasar entre ellas. Los deportados no se temían entre sí, ya que ninguno iba a robar dinero ni oro puesto que no podía hacer nada con él. Y lo que más habrían podido anhelar, harina, azúcar o carne seca, hacía mucho que se había terminado. Los animales buscaban al pie de los muros o en los terraplenes puñados de yerba. Los que estaban destrozados por dentro a causa de la disentería yacían encogidos esperando la muerte. Los otros mascaban y mascaban los pedazos de pan quebradizo arrojados desde el caballo al galope.

Ocurrió algo milagroso y atroz a la vez: llegó la nieve. Se precipitaron fuera de las tiendas con las manos abiertas; había todavía en ellos bastante vida para que los copos se derritieran en el hueco de las palmas y lamieran las gotas que les corrían por los dedos. Más tarde, cuando vieron que la nevada arreciaba, esperaron a que se extendiera y lamieron la nieve del suelo, con los perros y las mulas. Sahag se sació más que los demás, pues había observado que la nieve se espesaba y duraba más en la frente de los muertos, más fría incluso que el suelo.

Pero junto con la nieve llegó de repente un frío glacial que heló el suelo, convirtió las sábanas con las que se habían levantado las tiendas en pliegues cortantes, limpió el aire, acabó con la proliferación de bichos vivientes de todo tipo y los miasmas cayeron a tierra como la escarcha. Las personas se arrimaban unas a otras, dentro de una tienda más espaciosa se congregaban los moradores de varias y, allí donde alguien lograba encender una fogata ablandando algunos chamizos helados, se arremolinaban a su alrededor, aunque lo único que conseguían era mirar de lejos la llamita mortecina.

Y quienes se hallaban a las puertas de la muerte estaban tan debilitados por el hambre y quemados por el frío que, cuando los arrastraban entre las tiendas de las manos o las piernas, se les rompían los brazos o los tobillos con un chasquido, como si se tratara de ramas secas.

Cuando las nieves se fundieron se reanudó la formación de los convoyes. Los cielos se humedecieron y se desencadenaron las lluvias. Los caminos se convirtieron en un barrizal. Se envolvieron los pies con tiras de

sábanas pues, yendo descalzos, se les hubiesen pegado a la tierra y ya no habrían tenido fuerzas para sacarlos del fango. Bajo una llovizna que fundía todos los contornos, el nuevo recorrido duró casi una semana. No se podían contar los muertos porque, en aquel camino brumoso donde nadie veía otra cosa que los vapores azulados de la propia respiración, la carne de los que caían, mojada por la lluvia, era tan blanda y pegajosa como el lodo arcilloso. Los pisoteaban quienes iban a la zaga y la carne se les mezclaba, como una masa negra, y se cubría con el barro del camino. Y la lluvia no paró ni cuando llegaron.

BAB. TERCER CÍRCULO. El campamento de tiendas negras se extendía por una franja de terreno a varios kilómetros de un centro habitado, precisamente para evitar que los deportados pudieran acceder al pueblo. A causa del suelo arcilloso, el agua mezclada con nieve estaba empezando a estancarse y todo se transformaba en un cenagal.

No consiguieron contar los muertos que se habían quedado en el camino, ya que estaban desbordados por los que morían en el interior del campamento de deportados. Los hombres supervivientes se organizaron en dos grupos. Uno se dedicaba a acarrear muertos fuera del campamento y a cavar fosas comunes. El acarreo de muertos resultaba más difícil en el tercer círculo, puesto que, como estaban tan secos como la tierra esponjosa y con los huesos ligeros por el frío, absorbían agua y se hinchaban y las venas, ablandadas por el agua, se rompían y cobraban un tinte rojo como la carne cruda. Por la hinchazón y la dificultad de doblarlos, ocupaban mucho espacio y era menester hacer las fosas más grandes, además de que la tierra era pegajosa.

El segundo grupo de hombres iba campo atravesado y se acercaba a la ciudad, pero únicamente hasta los vertederos de basura y la entrada de los barrios pobres a buscar alimentos que, la mayor parte de las veces, se componían de animales muertos. Algunos, todavía ágiles, arrojaban piedras a los cuervos o cazaban los perros que merodeaban por el campamento y que, al

anochecer, escarbaban las tumbas tapadas con premura en busca de carne no putrefacta todavía.

Así se declaró la epidemia de tifus. Se cebó primero en los niños. Les cubrió las mejillas de manchas rojas que, a causa de la miseria, se transformaron rápidamente en llagas sanguinolentas en las que se mezclaban la sangre y el sudor y la fiebre. Luego se contagiaron las madres, quienes no podían evitar estrechar en sus brazos a sus criaturas que tiritaban de fiebre. Solo el frío glacial del invierno impidió que la peste los contagiase a todos. Pero el frío actuó de tal manera que quienes enfermaron no tuvieron escapatoria. Por miedo a la enfermedad, los soldados se mantenían a distancia y muy de tarde en tarde, sin bajar de los caballos, se aventuraban a meterse entre las tiendas para lanzar pan deprisa y corriendo en medio del aguanieve. A nadie se le ocurría quitarle el barro; los afortunados que se hacían con el trozo de pan corrían a repartírselo con los de su tienda o se acurrucaban con la cabeza en el pecho, apretaban el mendrugo y se lo zampaban sin masticar, no fuera a ser que otro se arrojara sobre él para quitárselo.

De vez en cuando, en especial las mujeres que enloquecían de dolor por sus hijos moribundos, se aventuraban a ir hasta el límite del pueblo para pedir comida o para buscar un techo más seguro y cama limpia. Las ahuyentaban a pedradas o a estacazos, eso si no las mataban a tiros, lisa y llanamente.

MESKENE. CUARTO CÍRCULO. Para no acercarse a Alepo, donde se corría el riesgo de contagio, ante la hostilidad creciente de la población local y por orden expresa de Djemal Bajá de que los deportados y los convoyes se mantuvieran alejados de la vía férrea, el convoy se desvió del camino más transitable, por Alepo y Sebil, y atravesó lugares más agrestes por Tefridge y Lale. Una persona en plenitud física habría podido hacer el camino de Bab a Meskene en dos días, eso suponiendo que hubiese podido gozar de un sueño reparador en los caravasares de Lale, que hubiese podido comer hasta hartarse y que hubiese tenido odres de agua acarreados por mulas. Los convoyes que partieron de Bab hicieron ese camino en al menos diez días y veces hubo que tardaron dos semanas.

El convoy partió con una multitud compacta pero, a medida que el agotamiento iba haciendo mella, alcanzó casi un kilómetro de largo. Los soldados se contentaban con empujarlos y desistieron de meterles prisa; los estimulados a latigazos o bastonazos, en lugar de apretar el paso, se caían de rodillas. Eso se tomaba como un signo de rebeldía y los mataban golpeándolos con bastones en plena cabeza para ahorrar balas. Caían sin sentido en la nieve, lo que equivalía a la muerte. Después renunciaron y los dejaron avanzar como les permitían sus fuerzas. Los más cansados caminaban cada vez más despacio y se quedaban rezagados hasta llegar a la cola del convoy, se arrancaban con más dificultad las piernas de la nieve hasta que, al final, se quedaban inmóviles, clavados en la nieve, con las piernas demasiado congeladas para poder doblar las rodillas. Morían así, de pie, con los brazos colgando, movidos por el viento, como árboles negros y secos. Los carros que envió el gobernador de Alepo, preocupado por el gran número de muertos que, olvidados por los caminos, podrían extender la epidemia hasta la ciudad, los encontraban varios días después, siempre en pie, y con los brazos crujiendo a merced del viento. Al principio los enterradores se asustaron. Luego, los arrancaron, lisa y llanamente, de la nieve, como si fueran troncos con las raíces podridas, pensando que la tierra debía de haberse hartado de tanto muerto y que a esos había decidido dejarlos morir de pie.

Dormían en caravasares abandonados donde algunas veces permanecían dos días seguidos para recobrar algo de fuerzas. Desde Alepo, en los carros de los muertos, llegaron algunos sacos de *bulghur*, una especie de trigo descortezado, que les repartieron a razón de lo que les cupiese en el hueco de las dos manos juntas. En Tefridge y luego en Lale vieron a lo lejos un gran número de pabellones sostenidos por postes, con techos de hojalata; algunos tenían incluso abrigo de ladrillo y fue motivo de alegría porque podrían protegerse del frío. Pero solamente se les permitió acercarse a unas decenas de metros. Con el fin de que el camino a Meskene no estuviese salpicado de muertos, las autoridades del valiato de Alepo acordaron levantar aquellos emplazamientos para meter a los moribundos de los convoyes. Estos no recibían ningún tipo de cuidados, simplemente tendían a quince o veinte por pabellón y los dejaban morir. El estado en que llegaron era tan deplorable que

no tenían fuerzas para darse la vuelta a un lado u otro ni para resguardarse de los enjambres de insectos. Morían en la misma postura en que los habían dejado, a menudo con los ojos abiertos, ya que los párpados estaban demasiado menguados y reseco para poder cerrarlos sobre el blanco del ojo. Por tal motivo, esos campamentos estaban custodiados únicamente por unos cuantos guardias sin pistolas, pero armados de porras y piedras contra los perros, hienas y cuervos, aunque sin poner tampoco mucho empeño.

En Meskene, en la frontera del cuarto círculo, los convoyes se volvían a encontrar con el Éufrates, tumba móvil para millares de deportados. En el meandro del río, más allá de Meskene, se juntaban los cadáveres procedentes del norte que las aguas no habían sumergido o los peces no habían despedazado todavía. Los cuerpos se traían a la orilla con bicheros. Como el suelo estaba helado y los despojos eran demasiados para enterrarlos, los rociaban con gasolina y les prendían fuego. El humo negro se veía desde el campamento de Meskene y los deportados sabían por qué el humo era tan espeso, por qué la pira estaba tan húmeda que solo podía arder de forma asfixiante y qué era lo que flotaba en el río mas, pese a todo, se acercaron a la orilla, se arrodillaron y bebieron con avidez el agua con sabor a lejía.

DIPSI. QUINTO CÍRCULO. En circunstancias normales, de Meskene a Dipsi habría únicamente cinco buenas horas de marcha. Sin embargo, el convoy necesitó más de dos días. Por primera vez los pasos encontraron las zonas arenosas que anunciaban la cercanía del desierto.

Los carros donde se apilaban los muertos y moribundos ya no los acompañaban. De vez en cuando, los enterradores que reunían los muertos esperaban a que los vientos removieran la arena y taparan los montones de cuerpos desnudos y negros. Los dos días de caminata resultaron, no obstante, tranquilos. El cielo estaba despejado y los vientos se calmaron. Los cadáveres yacían a orillas del camino, en su mayor parte despedazados por las alimañas. Entre ellos, moribundos, mujeres y hombres reventados de cansancio, hambre o sed, niños que no entendían lo que les estaba pasando y que esperaban la muerte, apoyados contra las piedras o los troncos secos. Aquel empeño por

estar sentados era el último esfuerzo por luchar contra la muerte pues, de lo contrario, tendidos al borde del camino, la arena los habría tapado y asfixiado.

El campamento, integrado por varios miles de tiendas, estaba situado en un valle de la ribera derecha del Éufrates. Quienes lo habían instalado así pensaron que, al estar rodeado de colinas, sería más difícil que se expandieran los pertinaces olores de la muerte y los penetrantes de la disentería y el tifus. La distancia entre Meskene y Dipsi era menor que la de Bab a Meskene, por ello el gobernador de Alepo no dispuso en los puntos intermedios establecimientos para los moribundos que bautizaría con el eufemismo de *Hastahane*, es decir, hospital. En cambio, dado el estado de agotamiento en que llegaban los convoyes, tras dos días de recorrer un camino arenoso y luego angostos senderos de montaña, todo el campamento de Dipsi se llamaba *Hastahane*. Y merecía el nombre porque, en los pocos meses en que funcionó como campo de concentración, murieron allí más de treinta mil personas.

El supuesto hospital estaba totalmente desprovisto de medicamentos y no contaba con más asistencia que la de los médicos armenios deportados que habían sobrevivido, quienes no podían hacer otra cosa sino diagnosticar la enfermedad, cuando esta no era evidente, y calcular el número de días que al enfermo le quedaban de vida. El campo de Dipsi fue uno de los peldaños más profundos en la iniciación a la muerte, no tanto por el gran número de los que entregaron allí su alma, sino, principalmente, por el número mucho mayor de quienes se contagiaron allí y pasarían a mejor vida más lejos, en la ruta de Deir-ez-Zor, donde cayó la séptima vestidura de la muerte.

Corría el mes de marzo. Las lluvias habían cesado. De tanto en tanto, al atardecer o al amanecer, cubría el cielo una cortina de nubes. Parecía haber llegado de forma inopinada la primavera para los deportados que cada vez miraban menos a su alrededor y siempre con temor, atraídos por el trote de los caballos y las escopetas y chillidos de los beduinos. Por eso, miraban sobre todo al suelo. Y así descubrieron la primavera. Hacia Abuhahar, Hamam, Sebka y Deir-ez-Zor, donde los árboles se volvían más y más escasos, la primavera llegaba de improviso, cuando despuntaban brotes de yerba con briznas delgadas y largas. Al principio no supieron cómo comerlas, se hacían

sangre en las encías con el canto afilado y se ahogaban con las briznas fibrosas. Luego, los más entendidos y pacientes les enseñaron el arte de comer yerba. Había que apretar las briznas con la palma de la mano hasta formar una pelota y encima se echaba un poco de sal con el fin de humedecerla. No se masticaba de una vez sino que se embadurnaba con la saliva, la que pudiese haber en una boca seca, y se mantenía así varios minutos hasta que la boca hambrienta la transformaba en una especie de pasta, como en el potaje. Cuando las yerbas ya no se encontraban, Rupen arrancaba las raíces y las lavaba en el agua del Éufrates. Las cortaba a trozos pequeños y, mojadas en el agua, podían comerse al cabo de unas pocas horas.

Pero, sin filtrarse afuera, los deportados escribían para ellos mismos. Los manuscritos que han quedado del espacio de los siete círculos de la muerte se escribieron en las rutas de la deportación, dondequiera se hallara un trozo de madera, un poste kilométrico, un árbol con la corteza blanda o un muro. Durante mucho tiempo, hasta que las lluvias las desgastaron y los vientos las borraron, permanecieron escritas o grabadas en la madera y en la piedra palabras y letras armenias. Quienes pasaban dejaban aviso a los que venían después. Y estos, si aún había sitio, añadían sus propias palabras. En los campos de deportados circulaban hojas de papel que la gente se pasaba de unos a otros. No estaban firmadas por miedo a las represalias ni llevaban fecha. No era menester. La realidad, con excepción de la nieve que se transformaba en cieno y el lodo que se trocaba en polvareda errante, era inamovible.

Las noticias describían las realidades de cada círculo de la muerte.

RAKKA. SEXTO CÍRCULO. La caminata duró más de una semana. Por el día hacía un calor abrasador, pero las noches siguieron siendo extraordinariamente frías. La gente marchaba cada vez más despacio, tambaleándose. Para aquellas hileras de hombres aturdidos, indiferentes a los agujonazos y trallazos de los vigilantes a caballo, al menos no existía el peligro de ser atacados por las partidas armadas, ya que no quedaba nada que saquear. Solamente en los altos que se hacían en el camino, se acercaban los

árabes para comprar muchachas a cambio de sacos de trigo. El convoy seguía la margen derecha del río y, finalmente, llegaron a Sebka, el campo de la orilla opuesta a Rakka, desde donde se veía la ciudad como un reino milagroso y prohibido. El agua del Éufrates conseguía aplacar la sed de los deportados. Pero había cada vez menos oportunidades de encontrar algo de comer. De vez en cuando, los gendarmes repartían, desde el caballo al galope, bolsas con alimentos enviados por los consulados extranjeros o fundaciones cristianas. Arrojadadas en medio de la multitud, la mayor parte de ellas se desperdiciaban. La gente tiraba de las bolsas de azúcar o harina, las desgarraban con las uñas y el contenido se desparramaba entre los dedos. Otras ayudas, como garbanzos o arroz, no podían comerlas por la falta de dientes. Se las tragaban sin masticar, pero el estómago no las podía digerir, sea por haber perdido la costumbre o porque, a causa de la disentería, ya no tenía tiempo de hacerlo. Rupen ya no iba a cazar, cada vez escaseaban más los perros y los lobos merodeaban en manada. No fueron pocos los casos en que se arrojaron sobre los que revolvían las basuras y los devoraron. Él se marchaba junto a otros a recoger muertos. Contribuía a cavar fosas comunes, operación más liviana, puesto que no era necesario ya meter con fuerza la pala en terreno duro o pegajoso, sino que bastaba sacar paletadas de arena, como si mudase las dunas de una parte a otra. Sin embargo, la operación era difícil si consideramos que había que cavar las tumbas a mucha más profundidad, pues de lo contrario el viento levantaría los túmulos que cubrían las supulturas, se los llevaría de un sitio a otro, como si fueran tapaderas, y dejaría a los muertos al descubierto.

A la cabecera de las fosas comunes no rezó nadie. En ellas, enterraron principalmente a muertos nuevos. Desde convoyes conducidos hasta lugares aislados y fáciles de cercar para poder diezmarlos y desde campos de concentración hasta muerte a tiros, por hambre, inmersión en agua helada o quemando vivos a los moribundos, de todos los medios utilizados para matar a los armenios en los caminos de Anatolia, desde Constantinopla a Deir-ez-Zor y Mosul, se sirvieron más tarde los nazis contra los judíos. Solo que en los campos de concentración nazis los internados llevaban números y esa macabra numeración incrementó el horror de los crímenes cometidos contra el

pueblo judío. Los muertos que quedaron como consecuencia de los actos emprendidos para el exterminio del pueblo armenio no fueron más, si es que puede establecerse una comparación de ese tipo entre crímenes de semejante magnitud, pero sí más incontables. Los nombres que conocemos son, principalmente, los de los verdugos, gobernadores, jefes de campo, bajás, beyes, agaes y chaucos. Las víctimas pocas veces portan nombre. Nunca la muerte, que al despojarse, círculo tras círculo, de sus vestiduras, estuvo más cerca de su meollo, nunca la muerte careció tanto de nombres.

Todavía no se han inventado normas referentes a las fosas comunes. De qué manera hay que cavar la fosa, de qué manera hay que depositar los muertos, si debajo los hombres, en el centro las mujeres y arriba los niños, cómo hay que lavarlos, cómo hay que amortajarlos, qué clase de oraciones ha de decir el cura y de qué descanso en el otro mundo ha de hablar, qué clase de cruz hay que colocar, cuántos brazos ha de tener esa cruz y qué inscripciones ha de haber en ella. Nada de esto. Cada fosa común tiene sus leyes y en lo único que se parecen es en la prisa con que se hacen. Lo cual destierra la idea de la existencia de usanzas permanentes, ya que no existe una tradición de la prisa.

Las tumbas reciben un nombre y se adornan para que no caigan por completo en el olvido los que están enterrados en ellas. Las fosas comunes se hicieron para que los muertos arrojados allí fueran olvidados cuanto antes. Las fosas comunes son la parte más culpable de la historia.

Desde este meollo de la muerte sin nombres he dibujado siete círculos, cuyo centro es Deir-ez-Zor. En el espacio que ocupan, cuya circunferencia más amplia pasa por Mamura, Diyarbakir y Mosul, murieron entonces más de un millón de personas, aproximadamente dos tercios de todos los muertos en el genocidio armenio. Sabemos que estuvieron allí y que de los que entraron en los círculos de la muerte, de los que no resultaron islamizados, vendidos como esclavos o destinados a los harenes, no escapó casi nadie. Cualquiera podía morir en cualquier parte. No existe ninguna familia armenia en este mundo que no cuente con algún desaparecido, como en un remolino, en los círculos de la

muerte. Así pues, uno puede rezar al pie de cada fosa común pensando que allí se encuentra algún desaparecido de su familia.

Rupen sabía que estaba haciendo algo bueno. La muerte era un refugio para la humillante situación de los vivos y las fosas comunes eran un refugio para la engorrosa situación de los muertos. Pero había otro motivo por el cual Krikor Ankut y los hombres aún fuertes habían decidido apresurar la recogida de muertos de las tiendas y cavar las fosas comunes. Unos días antes, dentro de una tienda en la que vivía una familia numerosa, habían sacado un muerto sin rostro. Observaron detenidamente el cadáver con las mejillas roídas, como mordidas por ratas. Pero en el campamento no había madrigueras, de modo que tampoco podía haber ratas. Aunque nadie dijo una palabra ni se juramentaron para guardar silencio, todos cayeron en un acuerdo tácito, pues comprendían que nadie podía contar una cosa tan atroz. Cuando las señales de ese tipo se multiplicaron, los hombres decidieron investigar personalmente por la mañana y por la noche para que ningún cadáver permaneciese mucho tiempo dentro de las tiendas.

Mientras los deportados se sentían cada vez más agotados después de meses y meses de fatiga y hambre, los soldados estaban más descansados, ya que cada vez resultaba más fácil custodiar a los primeros y las pausas eran cada vez más frecuentes. Y lo que hacía más evidente el contraste era que, a medida que los deportados iban más harapientos y desnudos, los soldados renovaban sus uniformes, siempre más vistosos, y sus caballos iban más emperifollados.

Ese poder de organizarse, tan insólito en un campamento de gentes harapientas y casi moribundas, podía tolerarse en Sebka, donde únicamente había unos pocos millares de tiendas, pero habría podido resultar peligroso en Deir-ez-Zor, en el corazón del séptimo círculo, donde los deportados se contaban por decenas de millares.

Por eso, cierta mañana, el comandante ordenó que todos los varones entre quince y sesenta años se concentrasen al borde del campo. Los iban a enviar a trabajar en los terraplenes. Y, naturalmente, recibirían comida y agua potable. Salieron de las tiendas y algunos creyeron que si los mandaban a

trabajar era porque tenían necesidad de ellos y, por ende, los perdonarían. Otros salieron indecisos y solo después de que los chauceles amenazaran con entrar a buscarlos a caballo en las tiendas. Y otros más, como Rupen, se incorporaron al grupo indiferentes. Desde que se había vuelto cazador de ángeles, sin que le importara demasiado su color, sino la carne fibrosa de debajo de las alas, Rupen se había vaciado por dentro, vivía tan solo para defender a sus hijos. Precisamente por ello, cuando Sahag se fue tras él, por considerar que a los catorce años podían admitirlo entre las filas de los hombres, Rupen lo detuvo y le dio dos bofetones que dejaron aturdido al chico, pero tuvieron el don de tranquilizarlo.

No obstante, los hubo que se empeñaron en permanecer ocultos. Como el marido de la mujer de la tienda contigua, con quien habían hecho amistad. Juntos constituían una unidad y por eso, cualquiera de ellos, marido y mujer, podían tomar el aspecto del otro. Espigada, la mujer, con sus caderas estrechas y poco pecho, vestida con ropa de hombre, cuando se formaban los convoyes no atraía la atención de los soldados y conseguía ocultarse de los cazadores de mujeres. Y el marido, delgadito y barbilampiño, con el pelo largo por la vida salvaje, se vistió de mujer y esperó con el alma en vilo el control de las tiendas. Pero no sucedió. Cuando los hombres formaron y los contaron, se consideró que quinientos era una cifra satisfactoria y se dio la orden de marcha.

En cualquier caso, la parte masculina resultaba diezmada en los convoyes. En el trayecto hasta Deir-ez-Zor, los hombres fueron el blanco predilecto de los ataques de las bandas de guerreros. Incluso en ciertos sitios, para que no hubiese lugar a error, se dividían los convoyes desde el principio en hombres y mujeres; aquellos perecían por el camino en emboscadas de los guerreros o los mataban directamente los propios soldados que tenían que custodiarlos. Así pues, la mayor parte de los convoyes estaban compuestos de mujeres, niños y ancianos; estos últimos murieron casi todos porque les era imposible ir al mismo paso que los demás hasta Sebka. Algunos convoyes, sobre todo los que procedían de poniente, hicieron hasta allí más de mil kilómetros.

Los dos bofetones, propinados no con furia sino con desesperación, fueron el último recuerdo que tuvo Sahag de su padre, Ruben Şeitanian. Se llevaron a los hombres al sur, al desierto de Siria, y allí los mataron. De nuevo la muerte volvió victoriosa y se extendió, como una seda verde, por encima del campo de concentración.

DEIR-EZ-ZOR. ÚLTIMO CÍRCULO. El convoy estaba formado más bien por bultos. Parecían ligeros a merced del viento, una bandada de aves caedizas y no una hilera de personas. Las fotos hechas por los viajeros extranjeros que consiguieron acercarse al convoy o fotografiar después a los que caían impotentes a la orilla del camino y se quedaban esperando la muerte, nos presentan en la ruta a Deir-ez-Zor sobre todo niños. El recorrido hasta el séptimo círculo fue una especie de cruzada infantil. Pues corrió la misma suerte de todas las cruzadas sin armas. Los niños de aquellas fotografías están esqueléticos, con el cuerpo escuchimizado, el vientre hundido, las costillas salientes como arcos de acero sobre la oquedad de la barriga, las manos y piernas flacas como ramas, la cabeza desproporcionadamente grande, así como las cuencas de los ojos con el globo ocular saliéndose de las órbitas o hundido hasta el fondo de la cabeza. Los niños miran sin más expresión en el rostro que de extravío mental, miran como desde otro mundo, no tienden las manos, no piden nada. En sus ojos no hay odio, habían vivido muy poco para entender y condenar. Tampoco hay súplica, ya que habían olvidado lo que era el hambre; no hay tristeza, ya que no habían vivido las alegrías de la infancia; no hay olvido, ya que no tenían recuerdos. En sus ojos está la nada. La nada, el ventanuco entreabierto al otro mundo.

Si una mujer se derrumbaba significaba condenar a muerte a su hijo. Por regla general, este se quedaba junto a su madre a esperar la muerte juntos. Hermine observó con horror la mancha rosada del tifus en las mejillas de su hija. En poco tiempo, a causa de la canícula, esas manchas se hicieron más grandes. Hermine seguía adelante llorando, pasándole el brazo por el hombro a su hija y estrechándola contra sí. Sahag quiso ayudarla, pero su madre no lo dejó acercarse a fin de protegerlo de la enfermedad. Tampoco ella lo tocó más,

simplemente lo observaba cuando dormía, con el corazón en un puño, por si le notaba señales del mal. A veces creía con espanto haberlas descubierto. Otras, respiraba aliviada porque eran tan solo manchas de polvo que, humedecidas por el sudor, adquirían el color de la sangre seca. Se abstuvo de abrazarlo durante el sueño, solo acariciaba a su hija sin que le importase el que pudiera enfermarse ella también, incluso lo hacía a propósito ya que la idea de dejarla sola en el otro mundo aterraba a Hermine quien, al no saber cómo curar a su niña, rezaba para que muriesen juntas.

El camino desde Sebka a Deir-ez-Zor fue el más largo y espeluznante de todos. Casi cien kilómetros de marcha. Como la canícula comenzaba a agobiar también a los soldados a caballo, quienes dormitaban en la silla al flanco de los convoyes que se arrastraban con las plantas de los pies quemadas por la arena, tomaron la decisión de caminar por la noche y durante el día se instalaban junto a la orilla del río, de donde llegaba alguna que otra corriente de aire fresco. Los pocos hombres que habían quedado improvisaban tiendas para defenderse del aplastante calor. Algunos se volvían locos mientras dormían: temblaban, se agitaban y había que golpearlos con fuerza para que se despertaran y no se asfixiaran durante el sueño. Otros enloquecían despiertos y se iban a otra parte, pero el camino acababa muy pronto para ellos porque, al haber perdido la costumbre de protegerse, caían abatidos por las balas.

El campo se hallaba en la orilla derecha del Éufrates. En esta ocasión, las tiendas se contaban por decenas de millares. Deir-ez-Zor era el último centro, hacia levante, donde todavía se organizaban semejantes campos de internamiento. Desde Deir-ez-Zor ya no había tránsito a este mundo.

Por eso, a los deportados no se les dio ya nada de comer. Como la vegetación era escasa y los hombres que habrían podido matar a los animales del desierto atraídos por los cadáveres habían disminuido, el hambre se hizo insoportable. Los cuerpos estaban tan debilitados que las enfermedades se propagaban con mayor lentitud, pues el organismo carecía del suficiente vigor para portarlas. Los enfermos de tifus ya no tenían fiebre porque no generaban anticuerpos. Ante el hambre, las otras enfermedades se retiraron y la dejaron

que mordiese el vientre, que estirase la piel de los huesos y secara las entrañas.

Los incidentes eran cada vez menores. Después de que la dirección del campo descubriese el grupo de Levon Şaşian que había organizado no solamente los periódicos vivos que los huérfanos llevaban a la espalda de un campo a otro, sino también un sistema de aprovisionamiento de medicamentos y víveres, en la medida de lo posible, y, valiéndose del mismo procedimiento empleado en el campo de Sebka, equipos que sepultasen los cadáveres al ritmo de la muerte, después de que todo eso fuera descubierto, sacaron a Levon Şaşian del campamento y el propio Zeki Bajá, el comandante, lo mató de forma despiadada. Cualquier tipo de organización interna en el campo quedó suprimido y, de esta manera, en opinión de los soldados, el peligro de revuelta desapareció y el campo cayó en un letargo. El miedo del ejército al motín tal vez pareciese injustificado desde el momento en que los soldados estaban bien equipados, descansados hasta el aburrimiento y armados hasta los dientes, mientras los deportados estaban cada vez más esqueléticos, andrajosos y se tambaleaban por la borrachera de la muerte. Solo que los soldados tenían miedo de verdad, al igual que las autoridades de Alepo y Deir-ez-Zor. Los soldados habían aprendido a luchar contra otros soldados y sus armas habían sido fabricadas para que resultaran amenazadoras a enemigos que temían a la muerte. Todavía no se habían inventado armas que asustasen a quienes ya no temían nada. Agotados y machacados por el hambre, los deportados no eran conscientes de que su resignación a morir constituía una fuerza temible. Aunque la pujanza de la falta de miedo a la muerte se incrementaba en cada círculo nuevo, el camino por los siete círculos de la muerte no fue de motines. El camino de los convoyes significó más bien una espera de la muerte. Esta, vagando por el campo, se había convertido en uno de ellos, fue una de las víctimas de los círculos de Deir-ez-Zor.

Y afuera solo dejaba escapar un murmullo sordo. Un viajero alemán, que logró contemplar de cerca a los deportados de Deir-ez-Zor, se quedó profundamente impresionado no tanto por las cosas evidentes que las fotos le mostraron en todo su horror, sino por un detalle: que en aquel lugar atroz no vio

gente llorando. O, mejor dicho, no vio lo que solemos entender por una persona que llora, o sea, no vio lágrimas.

Pero no es cierto que la gente no llorase. Solo que lloraban de otra manera. Los que aún tenían fuerzas para estar sentados se mecían, los demás lloraban con los ojos muy abiertos al cielo. Pero el llanto era una especie de gemido continuo, en voz baja, que repetido por miles de pechos se oía como un acompañamiento. El llanto no era un reguero que corría por la mejilla sino un sonido. Como ese acompañamiento fluía sin fin y sintonizaba con el mundo circundante acabó sonando como el quejido del viento entre las dunas o la corriente del río Éufrates, el llanto no cesó hasta que los últimos convoyes fueron conducidos desde Deir-ez-Zor hasta las mesetas donde mataban a los deportados. Aquel llanto seco hacía las veces de oración y de maldición y de silencio y de testimonio y, en algunos casos, incluso de sueño. Muchos dormían llorando de esta manera, otros morían llorando y el llanto seguía vibrando en el pecho inmóvil como el tubo de un órgano. Oí ese llanto cuando el abuelo Setrak se balanceaba en la tumbona del jardín y murmuraba o cuando el abuelo Garabet se encerraba en su cuarto y dejaba de tocar el violín.

Cuando se dio la señal, los convoyes volvieron a formarse. Parte de ellos se dirigió a levante, a Marat y Suvar. Otros fueron en dirección a poniente tomando el camino de Damasco. En ambas direcciones, el desenlace era el mismo. Una vez llegados a una meseta que la vanguardia consideraba conveniente, los soldados se alejaban, luego rodeaban el convoy y disparaban por todas partes. Cuando ya nadie quedaba en pie, calaban la bayoneta en los fusiles, desenvainaban las cimitarras y pasaban sobre los cuerpos para rematar con el hierro lo que las balas no habían acertado a realizar por completo. Los convoyes contaban entre trescientas y quinientas almas. Su suerte era siempre la misma, la única diferencia era que algunas veces los soldados dejaban la tarea en manos de los beduinos y se contentaban solo con supervisarla al final, para asegurarse de si se había hecho bien la faena.

Pero allí, conforme los convoyes compuestos cada uno por centenares de personas eran conducidos a las mesetas transformadas en lugares de ejecución, en dirección a Suvar o por el camino de Damasco, más convoyes

llegaban desde poniente y bajaban al último círculo de la muerte. En aquel julio de 1916, unas muchedumbres se separaban, otras se juntaban y, pese a aquel ajetreo, el campo de internamiento de Deir-ez-Zor seguía siendo el mismo, como si estuviese inmóvil. Las zonas de alrededor se llenaron de osamentas. La última frontera se había cruzado. Los vivos se ofrecían a los muertos y hacían del enterramiento su única ocupación. Los muertos se ofrecían a los vivos dándoles calor, como si fueran ropas, en las noches heladas y sirviendo de comunión a quienes el hambre había hecho perder la razón.

En *El libro de los susurros* cada aroma, cada color, cada destello de locura tienen su mago. El guía de las distintas regiones, el mago de los mapas, fue Micael Noradunghian. Los otros lo rodeaban y miraban con los ojos muy abiertos cómo se desplegaban los continentes bajo sus manos. Mi abuelo se sentaba pensativo y en silencio, nada como los mapas para demostrar que más allá del desbarajuste de los tiempos, no obstante, las cosas tenían un sentido concreto. Anton Merzian olvidaba preguntar y, ante los mapas, donde había sitio para todos, no se peleaba con Krikor Minasian. Ștefănuță Ibrăileanu, Măgârdici Ceslov, Agop Aslanian, Vrej Papazian, Ovanez Krikorian y todos los otros se acercaban con timidez y se dejaban guiar hacia aquel nuevo Belén, donde la salvación se presentaba en forma de mapa. Sahag Șeitanian miraba anonadado por aquella maravilla. Eran los únicos momentos en que, con las entrañas desentumecidas, se reconciliaba con Yusuf.